

EN el terreno de las actitudes humanas —tanto individuales como colectivas— tiene una validez permanente aquel aforismo castellano que reza: "Dime de qué presumes y te diré de qué careces".

Sobre cualquier presente histórico y sobre el desarrollo de su porvenir encontramos siempre una posición o actitud humana que se llama a sí misma *valiente*, *realista*, *avanzada* o *revolucionaria*, que "acepta las cosas como son" y "mira de frente el porvenir". Es la actitud de los que dicen conocer el sentido de la evolución en que ellos y su mundo están insertos y aceptan lo que va a venir—sea lo que fuere—como lo mejor y lo único posible. Son los espíritus "de su tiempo", heraldo ardoroso de un mañana que advendrá por sí mismo, por ley histórica. En nuestro mundo cultural estos "espíritus fuertes y enteros" son siempre profetas del socialismo y de la tecnocracia estatal que ven venir por todos los caminos del porvenir. Si son católicos, declaran que no tendrán inconveniente en bautizar a ese futuro socialismo, habida cuenta de que se bautiza con agua, y el agua es económica y no parece que vaya a faltar.

Frente a ellos se encuentran siempre otros espíritus apocados e ilusos que se titulan tímidamente *conservadores* o *restauradores*, hombres que quieren perpetuar cosas que existen o revivir lo que ya no tiene vida. Estos espíritus son calificados siempre por los de la primera actitud de *cobardes*, ya que "no se atreven a mirar el futuro tal como será", y, además, se aferran a lo que pasó o va a pasar, y creen esencial lo que es efímero y temporal.

Creo, sin embargo, que, invirtiendo los términos, nada puede haber más cobarde espiritualmente que la actitud evolutiva, inesencialista de cuanto sea histórico y real. El Imperio Romano, por ejemplo, no murió evolutiva ni catastróficamente por la presión de los bárbaros, sino por la difusión en su seno del espíritu "realista" y "evolutivo" de quienes creyeron conocer su irremediable disolución, la aceptaron "valerosamente", y se negaron a combatir por lo que juzgaron periclitado y "no era, además, esencial ni eterno".

Tampoco creo que pueda darse actitud más valerosa y responsable que la de un sano espíritu conservador o restaurador. Cuando el médico o los familiares entrañables inclinan todo su anhelo sobre el lecho del enfermo, le hacen en actitud desesperadamente *conservadora* de la vida que en él queda, con la esperanza *restauradora* de la salud que en otro tiempo tuvo. En lo que verdadera y vitalmente importa es inútil influir con teorías sobre lo fatal de la caducidad y de la muerte, o sobre la gozosa renovación de la vida en otros seres que nacen. Ante ese resto de vida personal y concreta, la valoración de una actitud "evolucionista" frente al conservatismo tenaz y desesperado surge espontánea, evidente. Mal hijo a mal padre sería el que aceptase esas consideraciones y presencias impasible la muerte del ser querido!

La misma aceptación en el orden supraindividual de los pueblos. La grandeza que todavía conserva el Imperio Británico y su interna estabilidad política dependen directamente de su espíritu profundamente conservador, amante de lo propio en sus menores detalles, de sus tradiciones, recuerdos y formas de vida; y otro tanto

VANGUARDISMOS Y CONSERVATISMOS

por Rafael GAMBRA

puede decirse de la fortaleza histórica de todos los pueblos. A la inversa, la aparición del espíritu evolutivo,

del vanguardismo de "defendamos sólo lo que es esencial" y "admitamos las nuevas realidades" es síntoma cierto de decadencia y disolución de un pueblo.

Me ha evocado estas consideraciones la aparición de un libro profundamente conservador y valientemente restaurador. Se titula *Instituciones de la Monarquía Española* (Ediciones Montejurra, Madrid, 1960) y es obra de Jaime de Carlos, profesor de Filosofía y una de las más prestigiosas y entusiastas plumas de la joven generación tradicionalista.

Siempre se ha acusado el pensamiento tradicionalista de apologista del pasado y de inconcreto sobre las formas de convivencia y gobierno que podría ofrecer al presente. Jaime de Carlos se enfrenta valientemente con esta demanda de concreción presentando un esquema político de la Monarquía tradicional.

El empeño ofrece dificultades esenciales, ya que nada puede darse más opuesto al verdadero tradicionalismo que un ensayo constitucional u organizativo trazado *a priori*, aun cuando se inspire en moldes que fueron vigentes en épocas tradicionales. Puede decirse que el tradicionalismo es, en un aspecto, la fe en el dinamismo natural o espontáneo de la sociedad capaz de crear por sí formas de convivencia basadas en la costumbre y en la comunidad de fe y de intereses, formas que el poder político sólo tenga que preservar y armonizar.

Jaime de Carlos procura librarse de este peligro falsamente constituyente; y, aunque en algún momento pueda incurrir en puntos de vista teóricos, se atiene en general a la restauración de lo posible y necesario para que el árbol de la comunidad tradicional pueda resurgir y re-adaptarse según su propio interno dinamismo. Este propósito es explícito y constante en el libro de Jaime de Carlos: "La Monarquía ha de ser una Monarquía popular, de todos y para todos, un régimen entrañable, no impuesto por la fuerza, sino querido y deseado con ilusión y esperanza, o al menos aceptado con un decoroso margen de confianza en sus posibilidades y en su porvenir, que serán las posibilidades y el porvenir de todos nosotros." "Por lo mismo que la concepción política tradicional—añade en otro lugar—no es una concepción racionalista, apriorística, sino surgida espontáneamente de la misma naturaleza de las cosas con las que se conforma y adecúa en todo momento, creemos posible llevarla nuevamente a la práctica en esta época o en cualquier otra. Porque la teoría política tradicional es práctica viable por esencia, es decir, no propiamente teoría (...) puede volver a darse con plena actualidad en cuanto se creen las condiciones precisas para ello. Es necesario—éste es el único problema—crear las condiciones precisas para que puedan ir renaciendo por sí mismas las instituciones que integran y constituyen la Monarquía tradicional."

Pero la característica más señalada de este libro es, sin duda, la fe y el entusiasmo sin límites que traducen sus páginas, condiciones espirituales del máximo valor que sólo son posibles en una actitud plenamente *comprometida*, es decir, profundamente conservadora y vitalmente histórica.